





111110-49) ANTES
BIBLIOTECA NACIONAL
DE CHILE

91165-44)

Volumenes de esta obra... 1-5 p....

Sala en que se encuentra. 21

BIBLIOTECA NACIONAL



881083

1210

49

Imp. Universitaria

INDICE

- LCH 270
AAP 2001
- 1.-Lira, Máximo R.-A orillas del Bío-Bío.
 - 2.-Egaña, Mariano.-El consuelo de los que sufren.
 - 3.-Marchant Pereira, Ruperto.-El cerro de La Campana. AAP 936+
 - 4.-Larraín G., Raimundo.-Cailloma. AAP 2003
 - 5.-Larraín Zañartu, Luis.-Amor y fe.
AAP 2001

5. 91165-44)

Este tomo consta de 5
piezas que son las si-
guientes:

1. Lira / Máximo Ro./. A
orillas del Bío-Bío
Pescados de la costa Ara-
ucana. 104 págs.- Imp.
de "El Independiente",
1870, Santiago.

2. Egana / Federico/. El con-
sejo de los que sufren.
Cuento - 85 págs.- Imp.
de "El Independiente",
1870, Santiago.

Piezas.

3. Merchant Penra / Ru-
erto). El ces de la
Campana - 10 pág. —
Imp. de "El Independi-
ente", 1870, Santiago.

4. Larrein C. / Reimundo). —
Cedilloma. ("Leyenda in-
diana"). 78 págs - Imp. de
"El Independiente", 1870,-
Santiago.

5. Larrein Yeanestu / Luis).
Amor y fe - 61 págs. —
Imp. de "El Independiente", 1870.

BIN.

A ORILLAS
DEL
BIO-BIO,

{ Escenas de la vida araucana. }

POR

Máximo R. Lira.



SANTIAGO.

IMPRENTA DEL INDEPENDIENTE.

Calle de la Compañía, núm. 79 F.

1870.

BRITISH

1000

A ORILLAS DEL BIO-BIO.

(ESCENAS DE LA VIDA ARAUCANA)

I.

Los araucanos se hallaban en paz con los españoles.

Despues de muchos años de cruda guerra, despues de innumerables combates en que por una parte i otra se habia luchado con heroismo sin igual, las hostilidades habian terminado por medio de un *parlamento*, especie de tratado que los jefes de los españoles i los jefes de los araucanos habian ajustado con poquisima buena fé.

Esto, sinembargo, no obstaba para que

los indios, manifestando la mayor confianza, acudiesen en tropel a los fuertes i ciudades españolas, atraidos unos por la curiosidad, por el interes otros, algunos, especialmente los jefes, por el deseo de disfrutar durante la paz de las comodidades de la vida civilizada.

Esto sucedia en el mes de octubre de 16.... en la ciudad de Concepcion.

Los huéspedes mas notables que la ciudad tenia entonces eran los caciques Maulican i Quilalebo, que se atraian la atencion jeneral no solo por la fama de su nombre sino tambien por su gallarda apostura.

Efectivamente; los araucanos no eran por aquel tiempo la raza dejenerada i envejecida que conocemos hoy. Eran un pueblo jóven, exuberante de vida, inteligente, bravo, dotado de muchas nobles cualidades i de muchos jenerosos instintos.

Quilalebo i Maulican eran dignos representantes de este pueblo.

Tenia Maulican treinta i cinco años. Sus formas eran atléticas, su rostro atezado con facciones rijidas i expresivas; su frente, sobre todo, ancha i despejada, revelaba notable intelijencia, con esa altivez i nobleza peculiares de los hijos de las selvas i de los desiertos.

Ni era tampoco de estrañarse la majestad de su continente, pues Maulican era el jefe de las tribus indijinas i uno de los caciques mas poderosos de la Araucanía.

Su *regüe* (1) estaba situado un poco mas al sur del Imperial i abarcaba una considerable estension de territorio.

Quilalebo era un poco mas jóven; tendria treinta i un años. Sus facciones eran mas

(1) Dominio del cacique.

regulares i las líneas de su rostro mas suaves que las del rostro de su compañero. Habia, ademas, en su fisonomía algo de tristeza que inspiraba simpatia, lo que le hacia parecer mas hermoso de lo que era en realidad.

Apesar de su juventud, la opinión de Quillalebo era de mucho peso en los consejos de los indios. Todos reconocían en aquél joven melancólico una prudencia de anciano, una energía indomable i un valor que rayaba en temeridad. Por esto i por ser el representante de una larga familia de caciques, que disponía tal vez de las mejores fuerzas de la Araucanía, era tan respetado entre sus compañeros. Despues de Maulican era él quien hacia las veces de jefe.

Jeneralmente, los indios, por lo mismo que estiman en mucho su reputación, ven con envidia la gloria de los demás. Por

eso sus tribus se encuentran frecuentemente comprometidas en guerras intestinas, que no reconocen otra causa que la ambicion de un cacique, o los celos que le ha inspirado el poder de algun rival.

Sin embargo, Maulican i Quilalebo formaban excepcion a la regla. Diriase que parecian hermanos por el cariño que se profesaban i la union que entre ellos habia reinado siempre.

Si era sincero este afecto, o solo una exigencia de su situacion que los obligaba a respetarse mutuamente, nos lo dirá el curso de esta narracion. Lo que sabemos i debemos decir es que juntos habian llegado a Concepcion, que se habian hospedado juntos en una casa i juntos salian a sus visitas i paseos por las calles de la ciudad.

Hemos dicho ya que ámbos se repartian

la atencion jeneral porque eran gallardos entre sus gallardos compañeros.

II.

Los jefes de los araucanos eran perfectamente acojidos en el seno de la buena sociedad española.

Agreguemos que se conducian en ella con la delicadeza i urbanidad de los mas cumplidos caballeros.

Los nobles indios manifestaban, por lo demas, una inclinacion visible a las bellas españolas, probando asi que aun en los pechos salvajes caben los sentimientos tiernos i los afectos delicados.

Existia en la ciudad un viejo capitán a

quien sus heridas habian dejado inválido.
Era viudo i padre de una linda i graciosa
joven de 20 años.

El viejo soldado, que gozaba de una pequeña pension que se le pagaba en nombre del rei por sus pasados servicios, se habia dedicado al comercio con el objeto de crear una fortuna aunque modesta a su hija, a quien amaba con delirio.

Maria,—que así se llamaba la hija del capitan,—era una graciosa criolla, un tanta morena i un mucho sonrosada, de rostro lijeramente ovalado, de grandes i expresivos ojos negros, con un talle como el que los poetas prestan a sus ninfas, cabellera negra, sedosa i abundante, piececito breve i unas manos pequeñitas.

La casa del capitan retiraado era una de las que con mas frecuencia visitaban los caciques, especialmente Maulican i Quila-

lebo. Nuestros lectores adivinarán por qué.

Don Juan,—era éste el nombre del padre de María,—recibía a los indios i los trataba con particular amabilidad. Era que, valiente él mismo, sabia apreciar mejor que cualquiera el valor de los indios, la enerjía de aquellos hombres que, en la lucha de su independencia, se habian granjeado la estimacion de cuantos son capaces de admirar las nobles cualidades del alma.

Don Juan, en sus innumerables campañas, había muerto muchos indios i éstos, por su parte, le habian hecho las heridas que le tenian inválido. Sin embargo, no por eso simpatizaba ménos con sus antiguos enemigos.

Creemos haber indicado ya que no era por gozar de la compañía del capitán por lo que los caciques Maulican i Quilalebo frequentaban su casa. Era que el fuego de

los negros ojos de María les había quemado el corazón. Mas, como las heridas de amor son dulces de recibir, los caciques continuaban visitándola i cada vez los enloquecía más la graciosa criolla.

Se había apercibido don Juan del cariño de los indios por su hija? Parece que no, porque si los creía valientes i audaces, talvez no estaba dispuesto a concederles corazón ni se le ocurrió que pudieran enamorarse.

Maria, sin embargo,—mujer al cabo,— había tenido en esta parte más penetración que su padre.

Ella sabía muy bien que no era indiferente a los caciques; mas, de lo que no se daba cuenta cabal, era de lo que sentía por su parte.

Ella deseaba la venida de los caciques,

—los dos iban siempre juntos,—i se entrise-
tecia cuando olvidaban su visita.

Ella, cuando llegaba la hora en que so-
lian presentarse, ya estaba vestida i ador-
nada con cierta coqueteria.

Ella, en fin, habia observado que los in-
dios eran hermosos,—cosa que nuestras
lectoras no querran creer ni bajo la ga-
rantia de nuestra palabra,—i habia notado,
ademas, que Quilalebo era el mas hermoso
de los dos.

Sí esto es indicio de algo, nuestros lec-
tores lo adivinarán. María, por su parte,
nada habia sospechado.

Por lo que toca a los caciques, ninguno
se habia atrevido a hacer a la jóven una
declaracion de amor. Conocian mui bien
cual era su posicion entre los españoles, i
sabian que hubieran caido en ridiculo, ellos,
indios, seres que eran tenidos por de una

especie inferior a las jentés civilizadas, enamorando a una española.

Cierto es que se les recibia mui bien en todas partes, pero era quizas como objeto de curiosidad. Ellos procedian, ni mas ni menos, lo mismo que las jentes civilizadas; pero ¿cómo hacer consentir a éstas en que aquellos indios tenian corazon, podian sentir i amar?

Hé ahí la razon porque, en sus frecuentes conversaciones con María, se limitaban a dirijirle algunas galanterías cortesés, bastante finas i delicadas para salir de labios de aquellos pobres salvajes.

Por su parte, Maulican i Quilalebo, aparte de su intimidad, nunca se habian hecho la menor confidencia respecto de su amor a María. ¿Era acaso por el temor de que los celos hiciesen estallar entre ellos una fuerte enemistad?

— ¡Qué hermosa es la hija del huinca!
solia decir Maulican.

— Sí, mui hermosa! suspiraba Quilalebo;
lo es mas que las mismas flores de nuestros
valles.

— En realidad que las mujeres de los
huincas aventajan a las nuestras en be-
llezza.

— I en gracia, sobre todo.

I ámbos suspiraban i se callaban
Llegada la noche, se dirijian a casa del
capitan i, al salir de ella, se repetian que
la hija del huinca era mui hermosa, por
cuanto cada vez descubrian nuevas gracias
en ella.

Mas, cuando llegaba al colmo el entu-
siasmo de los indios por la criolla, era
cuando la oian cantar, al son de su vihue-
la que tañia de un modo admirable, gracio-

sas tonadas con un *salero* tal que se lo hubieran envidiado las mismas hijas de la Andalucía.

En resúmen; porque María tenía unos lindos ojos, porque reia con una gracia encantadora, porque cantaba con una voz de ángel, por todo eso i algo mas, los dos caeques se habían enamorado locamente de ella, siendo su pasion tanto mas fuerte cuanto que se veian forzados a ahogarla en el fondo de sus corazones.

III.

Maulican estaba celoso de Quilalebo porque había notado cierta preferencia de María para con él, en las mayores atenciones que con él gastaba.

Habia adivinado talvez lo que la misma joven no habia sospechado aun, que estaba enamorada del simpatico cacique.

No se necesitaba tanto para que Maulican, herido en su orgullo i en sus afectos, profesase a Quilalebo un odio a muerte. ¿No era Quilalebo quien hacia sombra a su omnipotencia de toqui i se interponia ahora entre el i la mujer que amaba?

El araucano, sinembargo, nada dejó sospechar de lo que pasaba en su interior, pero comenzó a madurar un plan cuyo resultado fuera darle la posesion de Maria.

Habria pasado un mes, cuando los caciques residentes en Concepcion recibieron orden de Maulican para trasladarse a su casa a una hora dada.

Casi inútil es decir que ninguno faltó a su cita i que, a la hora fijada, todos se hallaban en casa de Maulican.

Sentados estaban los caciques al rededor de una pequeña sala completamente desmantaleda. Quilalebo era el primero de la estrema derecha; seguianle los demás por orden de dignidad.

En el centro de la sala habia un *malgue* lleno de chicha de frutilla, de la cual bebian los indios a intervalos no mui cortos, porque no hai reunion posible entre los araucanos sin la bebida que, segun ellos, los anima i les da fuerzas, comunicándoles al mismo tiempo el espíritu de prudencia.

A la hora fijada entró Maulican i tomó asiento en el lugar que le estaba designado. Llevaba en sus manos la insignia de jefe de todas las tribus, que era una especie de hacha de piedra llamada *toque*, de donde tomaban su nombre los caciques que eran elegidos para mandar a sus compañeros.

Cuando se hubo sentado, los indios vol-

vieron a su posicion inmóvil i guardaron por algunos instantes el silencio mas absoluto.

De repente, Maulican se puso de pié i, avanzando hacia el centro del circulo que formaban los indios, con el toque en la mano, paseó sobre ellos una mirada segura con cierta especie de majestad.

—¡Bien! exclamó despues; no dudaba que todos acudiriais a mi cita. I habeis hecho bien, hermanos i compañeros, porque os he convocado para tratar de asuntos importantes.

Los caciques permanecieron inmóviles, sin manifestar la menor curiosidad.

—Hace ya cerca de un año, continuó el toqui, que estamos en paz con los huincas i vivimos con ellos en estas grandes prisiones que llaman ciudades. Mis hermanos estarian creyendo talvez que por mi parte

habia renunciado para siempre a la guerra....

—¡Sí! dijo una voz interrumpiendo.

—¿Quién se atreve a interrumpirme? pre-guntó el toqui con voz vibrante.

—Yo, contestó un anciano de mirada centellante i de rostro feroz, poniéndose de pie.

—I por qué dudaba de mí mi hermano Pelantaro?

—Porque creia que las bellas españolas habian enervado las fuerzas de mis hermanos hasta el punto de hacerles olvidar su esclavitud i los agravios que tienen que vengar.

Un murmullo se hizo oír entre los in-dios.

El toqui, despues de una pausa continuó:

—Perdono a tu ancianidad tu interrupcion i tus sospechas; de otro modo ya estarias convencido, Pelantaro, de que Maulican no es un cobarde, ni es tampoco un traidor para burlar la confianza que en él han puesto sus hermanos i entregarlos maniatados al español.

Un murmullo de aprobacion acojío estas palabras del toqui, que continuó asi con voz vibrante:

—Os he invitado a reuniros aqui para tomar vuestro consejo ántes de romper nuevamente las hostilidades. Mis emisarios han recorrido la Araucanía i, a estas horas, debe haber reunido a orillas del Curalaba un ejército numeroso que solo espera a sus jefes para marchar al combate.... ¿Creeis, hermanos, llegada ya la hora de la lucha?

—¡Si! esclamaron los veinticuatro caci-

ques que había allí reunidos.

—¿Qué han dicho los dioses al santo *matchi*? preguntó Maulican a un indio cuyo rostro estaba pintado de mil colores i que se mantenía de pie con los brazos cruzados i los ojos clavados en el suelo.

—Pillan, contestó el agorero con voz cavernosa, dará la victoria a los valientes i a los que le hagan sacrificios para inclinarlo a su favor.

—¡Bien! continuó Maulican; seguros ya de la protección del cielo, formemos ahora nuestros planes.—Yo os propongo, para dentro de tres noches, cuando todos se hallen entregados al sueño, saquear la ciudad i robarnos cuantas mujeres, caballos i tesoros podamos haber a mano. En esta empresa seremos auxiliados por mil hermanos nuestros que, a las órdenes de Inaili-

can, estarán mañana a orillas del Biobio.
¿Aprobais mi resolucion?

— ¡Si! exclamaron los indios.

— Pero hemos jurado, dijo Quilalebo alzando su voz, permanecer en paz con los españoles; i, ya que vamos a violar nuestro juramento declarándoles guerra, debiéramos siquiera respetar sus propiedades.

— ¡Acaso ellos han respetado nunca sus juramentos? repuso Maulican con impetu.

— ¡*Mupicha!* (1) exclamaron los indios.

— ¡Acaso, continuó Maulican, no nos han robado mil veces nuestras mujeres, nuestras hijas i nuestros ganados, aun estando en paz con nosotros? ¡No es verdad, her-

(1) Tiene razon.

manos, que debemos emplear contra ellos sus mas armas?

—*Veilicha!* (1) gritaron los indios con voz ronca.

Quilalebo no creyó conveniente replicar, porque sabia mui bien que era esponerse pretender combatir una resolucion de los indios, cuando se sienten estimulados por la codicia.

—I ahora, añadio Maulican, separémos-nos. Procuremos, entretanto, no despertar sospechas, i estad prontos para atacar al oir el primer tiro de arcabuz que se dispare la noche fijada para el saqueo.

Los indios, despues de esto, fueron saliendo uno a uno, quedando al fin solos Maulican i Quilalebo, que se pusieron a conversar amistosamente sobre los sucesos que se preparaban.

(1) Es verdad.

IV.

Llegó por fin el día que Maulican había designado para el saqueo. Los españoles no podían ni sospechar el golpe que iban a recibir, porque todas las precauciones habían sido tomadas para no despertar sus recelos.

Los indios residentes en Concepcion en nada habían cambiado sus hábitos ordinarios. Nada permitía presumir que se preparasen tan graves acontecimientos.

En los campos vecinos reinaba la misma tranquilidad. Hasta la naturaleza había enmudecido porque no soplaba ni la mas leve brisa ni se percibia el mas ligero rumor.

Sin embargo, quien hubiera escuchado atentamente, habria oido un ruido extraño entre los matorrales. Mas, lo que jamas hubiera adivinado es la causa que lo producia.

Porque aquel ruido era formado por un centenar de indios que, tendidos boca abajo, iban arrastrándose como las serpientes entre las yerbas, procurando no interrumpir el silencio que a su alrededor reinaba.

Con tanta habilidad realizaban su maniobra, que el mas vigilante centinela no hubiera podido notar la menor ondulacion en las ramas de los pequeños arbustos, i mucho menos sospechar que allí entre las yerbas habia oculto todo un ejército de araucanos.

I era un ejército en realidad.

El grupo de indios, cuya singular escur-

sion hemos presenciado, era uno de los muchos en que el cacique Inailican habia dividido la partida que debia asaltar esa noche la ciudad, segun las instrucciones que le habia comunicado el toqui. Por distintas partes avanzaban hacia el mismo punto i del mismo modo otros grupos mas o menos numerosos, segun las seguridades que ofrecia el terreno para verificar aquella extraña i misteriosa marcha.

Como lo hemos dicho, en la ciudad reinaba la tranquilidad mas absoluta. Los indios iban i venian como de costumbre por las calles i por las plazas.

Maulican era talvez el único que habia permanecido en su casa, i esto porque debia estar en un lugar fijo donde pudieran hallarle sus emisarios i los jefes a quienes tenia qué comunicar órdenes.

Estaban dando las oraciones cuando en-

tró un indio que, inclinándose respetuosamente en su presencia, pronunció estas solas palabras:

—El cacique Inailican con su gente se encuentra a una legua de la ciudad i espera vuestras órdenes.

—Dile que espere donde se halle hasta bien entrada la noche, i que entonces avance hasta la ciudad. Lo demás él ya lo sabe.

Inclinóse nuevamente i salió.

A la misma hora, mas o menos, Quilalebo se dirijía solo, con su costumbre, a la casa del capitán español.

Iba preocupado, cabizbajo i con paso lento, él a quien la joven debía odiar al día siguiente como a un traidor i enemigo implacable de los suyos.

Este pensamiento le oprimía el corazón.

Antes de llegar a la puerta, un indio lo detuvo.

— ¿Qué quieres? le preguntó Quilalebo.

— ¿Sois el cacique Quilalebo? dijo el otro.

— Ya lo veis.

— ¿Vereis pronto al toqui?

— Sí.

— Entonces, hacedme el favor de decirle que la *ilcha* (1) ha salido de la casa.

— ¿Qué *ilcha*?

— La que el toqui me ha mandado espiar.

— ¿De qué casa?

— De aquélla, contestó el indio señalando con el dedo la casa de don Juan.

Quilalebo se estremeció.

— ¿Maulican, preguntó despues, te ha or-

(1) Niña.

denado que espies la casa del español inválido.

—Sí.

—¿No te ha dicho con qué objeto?

—Nó, pero lo presumo, porque me ha ordenado le espere aquí hasta la hora del saqueo, diciéndome que vendrá a reunirsenos.

—¿A reunirsenos, dices? entonces ¿no estás solo?

—Nó, me acompañan cuatro mocetones.

—¿I que objeto presumes que tiene el toqui al haceros espiar la casa del capitán?

—Puede ser que me equivoque, pero como esta noche habrá gresca, i la hija del huinca es hermosa....

—I qué?

—Presumo que el toqui querrá haceila su prisionera.

—Ah!....

El cacique guardó silencio por un instante; temía que el temblor de su voz revelase al indio su emocion.

—¿I dices que la ilcha ha salido? preguntó despues.

—Sí, i eso es lo que quisiera supiese el toqui, porque ignoro si habrá previsto esto.

—Bien está; voi a avisárselo.

I Quilalebo se alejó con paso rápido. Quien le hubiera visto ponerse densamente pálido, casi lívido al saber la noticia que acababa de comunicársele, habria comprendido que las pasiones del indio se libraban un violento combate en el interior de su pecho.

¿A dónde fué el cacique? No lo sabemos. El hecho es que volvió mui poco rato despues.

Al verle acercarse, el indio le salió nuevamente al encuentro.

—¿Ha vuelto? preguntó Quilalebo.

—Nó, contestó el otro.

—Entónces podeis retiraros; el toqui ya no os necesita aquí.

—¿I qué debemos hacer?

—Lo que gusteis; aprovecharos bien de las circunstancias.

Apénas el indio i sus compañeros se hubieron perdido de vista, el cacique buscó el lugar en que se habian mantenido ocultos, i encontró que era una casa en ruinas, destruida talvez en alguna de las irrupciones anteriores de los araucanos.

Una vez oculto allí, se puso a meditar sobre lo que debía hacer.

Después de la noticia que acababa de saber de un modo tan raro, no le quedó duda de que Maulican estaba enamorado de María i aun de que aquel golpe de mano no tenía otro objeto que robarla i hacerla su prisionera.

— María, prisionera de Maulican! se decía Quilalebo, oh! yo no puedo permitirlo... Pero ¿cómo lo impediré?.... El toqui vendrá aquí, María habrá llegado i se la robará, si, se la robará.....

Quilalebo volvió a quedar pensativo.

— Si yo les avisara, añadió después,.... pero ¿cómo? no sé donde pueden estar.

Hubo una nueva pausa.

— Ah! dijo al fin dándose una palmada en la frente, me la robaré yo; será prisionera

de Quilalebo en vez de serlo del toqui.

Daban en ese momento las ocho las campanas de una iglesia.

—Aun es tiempo, añadió; apresurémosnos.

I salió con paso ligero de su escondite.

Todavía transitaba gente por las calles, pero ya en muy corto número.

Pocos minutos después entró María seguida de una sirviente a casa de su padre.

A las nueve i cuarto ya estaba Quilalebo nuevamente en su apostadero, acompañado ahora de tres mocetones.

Antes de ocultarse, se acercó a la casa del capitán i estuvo en acecho durante un largo rato.

Pasaron tres cuartos de hora. Apenas transitaba por las calles uno que otro ve-

cino con paso rápido i medroso. La oscuridad era grande porque no era aquella una noche de luna i el alumbrado público no se conocia aun en la buena ciudad de Concepcion.

Dieron las diez i media i todo continuó en silencio por algunos minutos mas.

Pero, repentinamente, sonó un tiro de arcabuz cuyos ecos tuvieron una prolongacion indefinida.

Por de pronto nada mas se oyó. Mas, poco despues, empezaron a escucharse gritos, luego alharidos, rujidos de rabia, todo mezclado, todo confundido en un solo eco indefinible.

Poco despues dejó oír el cañon su voz imponente, i los disparos de arcabucería indicaron que ya el combate se-habia trabado entre asaltados i asaltadores.

No entra en nuestro plan hacer una descripción detallada de los horrores de aquella noche, de la confusión i del espanto de los españoles al verse atacados tan de improviso, creyendo tener que habérselas con un ejército numeroso de indios. La oscuridad favorecía a éstos, i miéntras los españoles se herían mutuamente al encontrarse en las calles sin conocerse, sin distinguirse casi, disparando en dirección de cada bulto que se divisaba, de cada rumor que se sentía, los araucanos entraban a saco las casas en que sabian deber hallar mejores presas.

Los gritos de angustia de las mujeres robadas, las maldiciones de los padres que veian arrebatadas a sus hijas, de los hermanos que no hallaban a las hermanas, de los maridos que habian perdido a sus esposas, todo aquello subía al cielo como un solo grito inmenso, lúgubre, estridente, algo

parecido al rujido rabioso de una jauria de leones.

Quilalebo, a la primera señal, había salido de su escondite con sus inocetones. Llamó en la casa del capitán, i apénas se le abrió, se precipitó dentro en dirección al aposento de María a quien sacó fuera casi ántes de que el capitán hubiera podido dar un solo grito de socorro.

Quilalebo i sujente desaparecieron pronto en la oscuridad.

Por de pronto, todo volvió a quedar en calma en aquella calle.

Al fin apareció en un estremo un grupo de gente. Al llegar cerca de la casa del capitán, una voz que ya conocemos por ser la de Maulican, gritó con todas sus fuerzas:

—Colpoche, aquí!

Nadie respondió, ni nadie se movió.

—Aquí, Colpoche! gritó con mas fuerza el toqui.

Reinó el mismo silencio.

Dirijiéronse entonces apresuradamente a casa del capitán cuya puerta hallaron abierta.

Maulican se precipitó dentro; pero, al penetrar en uno de los aposentos, se encontró con el pobre inválido tendido en el suelo, que fijaba sobre él una mirada de infinita ansiedad, saltándosele casi los ojos de sus órbitas.

—Venis a matarme, despues de haberme robado a mi hija! esclamaba con voz desesperada; matadme, pues!

—¿Qué te han robado a tu hija? esclamó Maulican.

—Matadme, matadme! seguia gritando el viejo.

—Contesta! gritó Maulican, ¿quienes te han robado a tu hija?

—Vosotros, miserables!.... Matadme, os digo; ¡para qué quiero vivir ya?....

Maulican no alcanzó a oír las últimas palabras, porque ya se había precipitado hacia afuera como un torbellino seguido de sus mocetones.

Dos horas despues la batalla había cesado en la ciudad. Muchos indios i muchos españoles habían muerto. Los primeros habían escapado cargados de un gran botín i los segundos no se habían atrevido a perseguirlos.

V.

Si nuestros lectores quieren acompañarnos, nos trasladaremos al interior de la Araucanía.

Un poco mas allá de las pedregosas márgenes del Imperial existe un campamento de indios, casi en el lecho de un estero tributario de aquel caudaloso río.

El paisaje es bellísimo. Allí abundan los árboles verdes i frondosos i el suelo se vé cubierto de un muelle tapiz de verdura. Hacia el oriente, los Andes muestran su frente erguida coronada de eterna nieve, i hacia el sur murmuran una queja melancólica las cristalinas aguas del estero.

Para completar el cuadro, un bellísimo

sol de mañana de verano ilumina con sus resplandores aquel espléndido panorama, comunicando nuevo vigor i vida a las flores i a las plantas con su benéfico calor.

Si nos acercamos al estero, veremos que por ese lado hai mucho movimiento. Indios e indias todos marchan a bañarse; muchos se han bañado ya i vuelven gozosos, frescos como un retoño, a sus ranchos: las indias a preparar sus comidas, los indios a formar círculo al rededor de los fuegos para conversar i beber.

Entre los grupos que hai a orillas del estero, llama uno particularmente la atención porque es de mujeres que por sus trajes son indudablemente españolas.

Si nos aproximamos a ellas, reconoceremos a la pobre María la hija del inválido capitán. De las demás, que son cuatro, dos son tan jóvenes como ella i las otras dos

ya de alguna edad.

—Qué lindos son estos lugares, decia María; aquí quisiera permanecer.

—I aquí parece que nos quedaremos, señorita, al menos por algun tiempo, dijo una de las mujeres mas jóvenes.

—¿Cómo lo sabes, Cármel?

—Porque ayer pude hablar unas cuantas palabras con Millalipe, un indio que sabe algo de español i me dijo que ésta era la reducción de nuestro amo.

—I cómo se llama éste?

—No lo sé.

—¿Porque no se lo preguntaste?

—Porque me importaba mui poco saber su nombre.

—Pero a mi me desespera no saber en poder de quien me encuentro.

— Eso lo sabreis mui pronto, porque el cacique debe llegar hoy.

— Deveras?

— Me lo dijo tambien Millalipé.

— Al fin sabré quien es mi raptor! exclamó María con un largo suspiro, mientras que brotaban gruesas lágrimas de sus ojos.

— Pero, señorita, el cacique dueño de este *regüe*.....

Maria se sonrió.

— Os reis, señorita, porque cito nombres indios? es que he oido a Millalipe que así se llama el dominio de un cacique....El dueño de estas tierras os ha tratado con muchas consideraciones. Os ha hecho arreglar a la española su mejor rancho, i nos ha comprado a nosotros solo con el objeto de que os sirvamos,

— Bien está; pero ¡acaso soy por eso menos esclava! ¿puedo esperar volver a ver alguna vez a mi pobre padre i a los míos? dijo María sollozando.

— Quien sabe! señorita; confiemos en Dios i él nos salvará. Hemos visto a tantos que han vuelto después de haber estado cautivos muchos años....

— Dios lo quiera, Carmen!

I las mujeres se dirijeron después de esto con paso lento a su rancho.

Serían las dos de la tarde cuando se notó una extraordinaria animación entre los indios. Hombres i mujeres, todos salían precipitadamente de sus ranchos; los músicos tocando sus tamboriles, algunos cantando i los demás saltando al compás de los instrumentos.

Era que dos emisarios acababan de lle-

gar anunciando la venida del cacique, cuya comitiva se divisaba ya a lo lejos.

Pocos momentos mas tarde llegó acompañado de doce mocetones, i despues de los *marimaris* de estilo entre los que llegaban i los que habian salido a su encuentro, el cacique se dirigió a Millalipe i le preguntó en español:

—La prisionera cuya custodia te encargué ¿dónde está?

—En su rancho.

—¿Qué ha hecho desde que llegó aquí?

—Llorar a todas horas.

—¿Cumpliste todos mis encargos?

—Sí.

—Ve a prevenirla de mi visita.

Millalipe se alejó i volvió pronto anunciándole que María lo esperaba.

El cacique se dirigió inmediatamente hacia el rancho de la española.

Cuando se presentó en su puerta, María lanzó un grito, mezcla indefinible de dolor i de gozo que hizo palidecer letalmente al cacique.

—Ah! ¿erais vos? exclamó, i se cubrió el rostro con las manos.

—Sí, yo, señorita, el cacique Quilalebo, que viene a ponerse a vuestras órdenes.

Hubo un momento de silencio interrumpido solo por los ahogados suspiros de María. Al fin, reprimiéndose un tanto, ésta añadió fijando en Quilalebo sus ojos arrasados en lágrimas:

—¿Erais vos?....I yo que os creí sincero cuando os dabais por amigo de mi padre i mio!....¡Mi pobre padre!....lo habreis muerto talvez al hacerme prisionera!....

—Vuestro padre vive, señorita...

—¿Qué vive, decis?

—Vive i sabe que vos vivis tambien.

—¡Gracias, Dios mio! exclamó la joven con toda la efusion de su amor filial.

—Un mensajero mio, añadió Quilalebo, ha hecho llegar a sus manos una carta en que le daba noticias vuestras. El mismo mensajero me ha dicho que el capitán, loco casi al veros perdida, está más tranquilo porque sabe que vivis i espera fundamentalmente volveros a ver.

—Ah! exclamó la joven, desgraciadamente yo no lo espero.

I derramó nuevas i abundantes lágrimas sobre su espesa cabellera con la que se había cubierto el rostro.

Pasado un momento, María se dirigió

nuevamente al cacique que permanecía de pie contemplándola, i, con una voz suave i apagada como un suspiro, le preguntó:

—¿Porque tuvisteis la crueldad de separarme de mi padre? ¿para qué me trajisteis a estos lugares donde solo Dios sabe la suerte que me espera?

—Me estais condenando, señorita, ántes de haber oido mis descargos repuso el cacique.

—Bien, ya os escucho.

—¿Quereis que os lo diga todo?

—Todo, sí.

—¿No os disgustará mi franqueza?

—Nó.

—Entónces voi a deciroslo.

I el cacique, haciendo un esfuerzo poderoso, continuó:

—Os vuelvo a suplicar, María, que no os ofendais por lo que voi a deciros.—Yo, desde el primer momento en que os vi, desde que tuve la dicha o la desgracia de conoceros, os amé con toda mi fuerza, como puede amarse a los bellos espíritus protectores de nuestra existencia.

«No habia amado nunca, porque no habia hallado ni creia que existiera en el mundo una mujer que reuniese todas las perfecciones que mi imaginacion prestaba al ideal que yo me habia formado.

«Vos, sinembargo, realizabais mi ideal, i por eso os amé como nadie os podrá amar en el mundo.

«Pero, no era yo el único de mi raza que os amaba. Tambien, como yo, os amaba Maulican. El es el toqui i, por apoderarse de vos, dispuso romper las hostilidades con los españoles i saquear vuestra ciudad.

Yo felizmente i por casualidad descubri su plan i os robé, porque no habia otro medio de evitar que cayerais en sus manos....

—Ah! mil gracias! exclamó María involuntariamente.

—¿Me dais las gracias? repuso vivamente el cacique.... ¿Es decir que me perdonais? ¿es decir que....?

—Que os agradezco con toda mi alma lo que habeis hecho por mi i que veo que nada tengo que perdonaros....

—María!

—Al contrario, yo debo pediros perdón por mis injustas sospechas.

—Ah! cuán dichoso me haceis! exclamó el cacique comprimiendo con una mano los latidos de su corazon.

—¡Cuán caro me cuesta vuestra felicidad! replicó la jóven sonriendo.

—No me lo repitais, señorita. Cuando vine aqui, no tenia otro objeto que deciros que sereis servida del mejor modo posible. Miéntras llega la hora en que me sea permitido poneros en libertad, sereis mi prisionera a los ojos de los demas, en realidad yo seré vuestro esclavo. Así nada debeis temer: estais bajo mi proteccion.

—Gracias, mil gracias! contestó la jóven. No me equivocaba cuando os creia noble i jeneroso.... Ahora, hacedme el favor de dejarme sola un momento.

El cacique salió, despues de haber besado respetuosamente una mano que le tendia la española, ebrio de júbilo, de amor i de esperanza.

Pasaron muchos dias. El cacique veia con frecuencia á su prisionera.

En una ocasion María le preguntó:

— ¡Es cierto que hai un sacerdote español prisionero entre vosotros?

— Sí, contestó Quilalebo; Llancareu se apoderó de un *patero* que andaba misionando cuando se rompieron las hostilidades.

— Yo desearia verlo, si fuese posible.

— Lo vereis.

— ¡Pronto?

— Sí, i aun procuraré que permanezca a vuestro lado.

— Ah! cuánto os debo i cuánto tengo que agradeceros!

VI.

Maulican no ignoraba que la hermosa criolla por cuya posesion habia empre-

dido una desastrosa campaña le había sido arrebatada por su rival.

Si esto le tenía ofendido, lo que sobre todo había herido su orgullo i lo que había jurado no perdonar jamás a Quilalebo, era el que lo hubiese engañado i burlado haciendo fracasar por medio de un ardido su proyecto de rapto.

Había, pues, jurado vengarse.

Sin embargo, ambos caciques continuaban tratándose con la misma antigua cordialidad ocultando en el fondo de sus corazones sus mútuos resentimientos.

Pretender apoderarse de María por medio de la fuerza fué un proyecto que vino muchas veces a la mente de Maulican, pero que fué siempre desecharlo como quimérico.

En efecto, María estaba perfectamente

défendida por los valientes guerreros del *utánmapo* de su rival. Ademas, María era su prisionera i sin declararle guerra no hubiera podido pretender arrebatársela. El prisionero es entre los indios propiedad sagrada del poseedor.

Por lo demás,—digámoslo en honor del toqui,—rechazaba este proyecto por otra razon. Declarar la guerra a Quilalebo, cuando estaba comprometido en una contienda con los españoles, hubiera sido comprometer su éxito porque habria dividido las fuerzas de los indios i dado a sus enemigos una victoria fácil. Esto no lo hubiera hecho jamas el patriota jefe de los araucanos.

Sin embargo, no cesaba de poner en práctica otros medios que le diesen por resultado el deshacerse de su odioso rival. Encargábale siempre las comisiones mas peligrosas, pero en todas ellas salia airoso el

valiente Quilalebo, de suerte que Maulican lo que estaba haciendo era aumentar el prestijio del cacique. Esto, naturalmente, acrecentaba el odio del celoso toqui hasta el punto de que lo hizo meditar un proyecto verdaderamente infame.

Pero, no precipitemos la relacion de los hechos.

Quilalebo habia cumplido su palabra a Maria; le habia llevado el sacerdote español que existia prisionero entre ellos.

Era este un santo religioso franciscano que andaba misionando entre los indios cuando principió la campaña.

Llancareu, el cacique en cuya reduccion se hallaba en esa época, lo habia hecho su prisionero. Quilalebo le habia dado por él cien ovejas, dos caballos ensillados i un arcabuz de los que habia arrebatado a los españoles.

Fácil es de presumir a qué trasportes de gozo se entregarian los pobres prisioneros cuando se encontraron reunidos, cómo se referirian sus respectivas penalidades i cómo se confortarian con sus mútuas esperanzas.

Maria se habia empeñado por tener cerca de ella un sacerdote, porque comprendia perfectamente lo peligroso de su situación. despues de haber arreglado con el ministro de Dios los asuntos de su conciencia, ya p'do quedar mas tranquila.

—Padre le dijo un dia, Quilalebo es un indio noble, jeneroso, poseedor de un bellisimo corazon; ¿no seria posible convertirlo?

—Para Dioso no hai imposible, contestó el religioso.

—Pero harei algo por él, ¿no es verdad?

—He principiado a hacerlo ya.

—I....?

—Manifiesta realmente excelentes disposiciones para recibir i comprender la verdad.

—¿De suerte que esperais convertirlo?

—Lo espero fundadamente.

—Oh! gracias, Dios mio! esclamó la joven con una entonacion de júbilo comprimido.

Aquella esclamacion probó al religioso que María amaba a Quilalebo con todas las fuerzas de su alma. Talyz deseaba verlo cristiano para confesarle a amor.

El cacique, por lo demas; abia sabido granjearse el cariño de la española tratándola con la mas esquisita dicideza, adivinando sus menores deseos para satisfacerlos en cuanto le era dad.

El indio, por otra parte, formaba una rara excepcion de la regla jeneral. No se emborrachaba jamas, ni se entregaba tampoco a los torpes desórdenes que eran habituales entre sus compañeros. Es verdad tambien que habia recibido educacion española.

Maria procuraba, en cuanto le era permitido, perfeccionar aquella jenerosa naturaleza i lo trataba con el cariñoso afecto que pudiera profesarse una hermana.

Ni una palabra de amor habia vuelto a salir de los labios del cacique despues de su primera conversacion con la criolla.

Habian transcurrido ya cinco meses desde el dia del golpe de mano dado sobre Concepcion. Quilalebo habia sido enviado a una empresa peligrosísima por el toqui Maulican.

Antes de separarse de su reduccion el

cacique había ido con el corazon oprimido a despedirse de Maria. Esta le había dicho adios derramando abundantes lágrimas i había colgado en su cuello una pequeña cruz de oro que ella llevaba sobre el suyo.

Quilalebo, apesar de todas estas demostraciones de afecto, partió desalentado. Le aquejaba un triste presentimiento.

Sin embargo, el noble araucano nosabia, porque Maria no quiso avisarle, que durante su ausencia habian venido hasta ella emisarios de Maulican trayéndole palabras de amor del poderoso toqui, que le prometia hacerla reina de aquel pueblo bárbaro si consentia en ser su esposa.

La jóven había rechazado siempre estos proyectos con desprecio sino con indignacion.

Esta vez, fué el mismo Maulican quien,

aprovechándose de la ausencia de Quilalebo; vino a renovar su oferta a la hermosa española.

Maria lo rechazó indignada.

—Sé que os debo, le dijo con ademán altivo, todas las desgracias que han caido sobre mi; esto bastaba para que os aborreciera si un secreto instinto no me hubiera hecho odiaros desde que os vi. Para que no insistais más en molestarme con vuestras impertinencias, i salgais en el acto de aquí, os declararé que amo a Quilalebo.

—¿Que amais a Quilalebo, decis? replicó el indio con la mirada centellante i el rostro contraído por la expresión de un odio salvaje; i me lo decis a mí!.... Despreciais a Maulican por Quilalebo; pues bien! Maulican os probará cual de los dos vale más. Me vengaré de vos i de él!

I el toqui salió del rancho de la jóven llevando un infierno en el alma i dejando a la española aterrada i sumerjida en amargo llanto.

En vano el buen religioso, su mejor amigo i su confidente, procuró consolarla. Ella sabia que Maulican era un indio feroz i que nunca dejaba de cumplir sus promesas.

VII.

Los araucanos estaban de desgracias. Las tropas españolas los derrotaban en todas partes.

Maulican abrigaba el propósito de hacer un llamamiento a todas las tribus con el objeto de precipitar un ejército formidable.

contra los invasores i agobiarlos con la fuerza del número.

Pero, ántes de hacerlo, quiso reunir en *lepum* o consejo de guerra a todos los ca-
ciques subalternos que militaban bajo sus
órdenes.

Reuniéronse éstos el dia fijado en el rancho del toqui.

Este les hizo una relacion de todos los sucesos de la campaña, manifestándoles que en su concepto creia llegado el caso de dar un golpe atrevido que pudiera resarcirles de todas sus pérdidas anteriores.

—No podemos consentir, añadió el toqui, que la herencia de nuestros mayores se pierda en nuestras manos. Por mi parte, prefiriría morir mil veces ántes que cargar con semejante humillacion i con las maldiciones de mis hijos.

—Moriremos! gritaron a una todos los caciques.

—Solo en el último caso, replicó Maulican, porque ántes es preciso combatir con la firme resolucion de vencer.

—¡Venceremos! volvieron a gritar los jefes.

—Yo tambien lo espero, añadió el toqui; pero para vencer es preciso que reunamos un numeroso ejército; levantar no solo la Araucanía, sino tambien las tribus del otro lado de la cordillera.

—Les enviaremos emisarios, dijo el cacique Paylamacho.

—Tú te encargarás de serlo, añadió el toqui.

El cacique se inclinó.

—¿Porqué no ha venido Quilalebo? preguntó otro de los asistentes.

—No ha vuelto aun de una expedicion que yo le encomendé, contestó el toqui.

—Hubiera sido mui conveniente oir su parecer, añadió el primero; siempre da consejos prudentes.

—¿I qué podria ocurrirse a mi hermano Quilalebo, respondió el toqui con voz áspera, que no se ocurra a la asamblea de los valientes jefes de mi nacion?

Nadie contestó i reinó por algunos momentos un silencio profundo.

El matchi, que hasta entonces se había mantenido medio oculto en un rincón del rancho, avanzó con paso lento hasta el centro del círculo que formaban los caci ques.

—¿Qué tiene que decirnos el santo matchi? preguntó Maulican; ¿tiene algo que

comunicarnos en nombre de los divinos espiritus?

—Sí, contestó el matchi, sin levantar los ojos del suelo i manteniéndose con los brazos cruzados.

—Que hable entonces, que nosotros oiremos i obedecaremos.

Entonces el matchi hizo traer el carnero que se acostumbra inmolar en los sacrificios, i unas cuantas ramas de laurel. Atado el carnero i plantadas las ramas en el suelo, el hechicero encendió una pipa de tabaco de la cual aspiraba bocanadas de humo para sahumar con ellas las ramas de laurel.

Hecho esto, tomó un cuchillo, abrió con él el carnero i le arrancó el corazon que clavó en el acto con una ramita de canelo, sahumándolo con el mismo humo de

La pipa i chupándole la sangre que de él manaba.

En seguida sahumó todo el aposento, dió tres vueltas a su alrededor, se inclinó a encender una pasta que produjo un humo espeso que lo envolvió completamente, después de lo cual cayó al suelo i continuó en él dando saltos como atacado de epilepsia i arrojando espuma por la boca.

Los indios lo dejaban hacer con un supersticioso respeto.

De repente la voz del matchi se elevó lugubre, cavernosa i comenzó a decir:

—Pillan está irritado con sus hijos.... Serán vencidos i aniquilados sino le ofrecen sacrificios.... El rostro del grande espíritu revela un justo enojo.... Exige el sacrificio de dos huincas.... una joven hermosa i pura i un varón.... Dos víctimas....

dos victimas humanas exige Pillan.... para dar la victoria a sus hijos....

Calló el matchi, dió todavia algunos saltos i despues se sosegó poco a poco hasta que quedó en la mas completa inmovilidad.

Los caciques, entre tanto, conferenciaban en voz baja.

Cuando el hechicero abrió los ojos i se levantó, el toqui le dijo:

—Los deseos de Pillan serán satisfechos; se le inmolarán las victimas que exige. El santo matchi se encargará de escojerlas.

Los caciques comenzaron a retirarse. El ultimo que salió fué Maulican que, al llegar a la puerta, alargó al matchi una pequeña bolsa con dinero diciéndole:

—La otra mitad cuando completes la obra.

VIII.

Quilalebo no habia vuelto aun a su regi e.
i María lo esperaba con ansiedad.

Una mañana en qué apesar de ser invierno volvia de tomar su baño,—costumbre que habia adquirido durante su residencia entre los indios que se bañan en las mañanas de todos los días del año,—oyó ruido en la especie de poblacion formada por los ranchos.

Luego vió que los indios salian bailando i tocando como cuando marchaban al encuentro de su cacique.

Maria apresur  el paso porque creyó que era Quilalebo el que llegaba de su expedición.

Se habia engañado. Los indios hacian aquellas demostraciones de júbilo al matchi que acababa de llegar, lo que era considerado por ellos como una felicidad que raras veces se les concedia.

El matchi avanzaba con paso grave entre la multitud, llevando los brazos cruzados sobre su pecho. Cuando diviso a Maria que se acercaba no pudo ménos que dirijirle una mirada profunda.

Se le hospedó en el rancho del cacique aunque el declaró que no era necesario pues solo pensaba permanecer hasta medio dia en aquel lugar. Dio órdenes, si, para que todos se reuniesen a las puertas de su habitacion, indios i prisioneros.

Cuando comunicaron esta orden a Maria quiso resistirse, pero el padre Saa,— que asi se llamaba el religioso franciscano,— le dijo:

— Será en vano que te resistas, hija mia, porque te llevarian por fuerza.

— Pero ¿no estoí yo aqui bajo la proteccion de Quilalebo?

— Aunque fuera el mismo toqui el que te protejia. Cuando el matchi habla, todos, principiando por los jefes, se apresuran a obedecerle, porque de otro modo creerian incurrir en las iras de su dios.

— Vamos, pues, padre, dijo Maria resignada.

— Vamos, hija mia, i quiera Dios que de la venida de este charlatan no nos resulten graves males.

Cuando llegaron al rancho del cacique ya estaban los indios todos agrupados a sus puertas.

Poco despues aparecio el hechicero i la multitud guardó silencio.

—El poderoso i valiente toqui, Maulicán, dijo, me ha enviado a vosotros para anunciaros que se prepara una gran expedicion contra los huincas. Aprontad, pues, vuestras armas, porque ha de llegar mui pronto el dia de la pelea.

Hizo aquí una pausa i continuó despues con voz sorda:

—Ademas Pillan ha ordenado que se le sacrificuen dos victimas humanas para mantenerlo propicio, indicándome que le serian mui agradables una *ilcha* hermosa i pura i un *patero*. El mismo me ha revelado que aqui los debia encontrar i vengo a llevarlos.

Aunque Maria no comprendia bien el idioma en que hablaba el matchi, entendió lo bastante para saber que se trataba de un sacrificio humano i que se venia a buscar las victimas.

Estaba, pues, casi sin aliento cuando el hechicero acercándose a ella i poniendo las manos sobre su cabeza i sobre la del religioso en cuyo brazo se apoyaba, dijo:

—Estas dos son las victimas que exige Pillan i ya le pertenecen. Desgraciado del que se atreva a tocarlas!

Los indios dieron un salto hacia atrás para alejarse de María i del sacerdote español, miéntras aquella caia inerte al suelo apesar de que este murmuraba a su oido:

—Valor, hija mia, i espera en Dios!

Cuando María volvió en sí gritó, lloró, se desesperó, dijo que era la esposa de Quilalebo i que no podía sacrificársela; pero todo fué en vano.

Los indios la compadecían porque la joven se había hecho amar de ellos por su

amabilidad; mas ¿quién se hubiera atrevido a incurrir en la cólera de Pillan?

La fuerza de su desesperacion i la idea de su próxima muerte abatieron por fin a Maria hasta el punto de que ya no se la vió llorar ni desesperarse. Ni aun opuso resistencia cuando los compañeros del matchi se apoderaron de ella para llevarla al lugar en que residia el toqui, que era donde debia verificarse la inmolacion.

El religioso caminaba a su lado con la vista clavada en el suelo. Por el movimiento de sus labios se comprendia que iba dirigiendo al cielo fervientes oraciones.

Llegados al regüe del toqui, despues de muchos dias de camino, porque Maulican habia establecio su residencia a orillas del mar a poca distancia de Concepcion, seguro como estaba de no ser atacado por ser invierno, se alojó a las dos futuras

victimas en un mismo rancho, del cual se constituyó guardian el mismo matchi.

—Pobre hija mia! decia el buen padre a la jóven, tendrás suficiente valor para resistir a la prueba?

—Sí, padre, contestaba María llorando; al menos espero tenerlo.

La jóven entraba en un delirio penoso durante el cual pronunciaba muchas veces el nombre de Quilalebo.

Un dia, cuando solo faltaban dos para el sacrificio, despertó mas serena, hizo llamar al padre i le dijo con voz segura:

—Padre mio, os he llamado para pediros un servicio; ¿me lo hareis?

—Si de mi depende ¿puedes dudarlo?

—Pues bien, padre, procurad salvaros; vos sois hombre, teneis fuerzas i podreis escapar.

— Imposible, hija mia, estamos severamente vijilados; i aunque no lo estuviéramos, siempre lo seria porque me darian alcance ántes de llegar al Bio-Bio.

— Probad, padre; de todos modos sereis sacrificado.

— ¿I cómo podria tener valor para abandonarte, hija mia? Nó, quedaré aquí para sostenerte en el dificil trance.

— Dios me ha dado suficientes fuerzas, i creo que tendré mas valor si muero con la idea de que os habeis salvado.

— Pero ya te he dicho que esa es una quimera.

— Por tierra sí, pero no por mar.

— ¿Cómo?

— ¿No está cerca el mar?

— Sí.

— Probad a huir por ahí. Los indios no tendrian dificultad para dejaros en libertad por ese lado i tendriais tiempo para poneros en salvo.

— Ilusion, hija mia!

— Probad, padre; si conseguis escaparos, como yo lo espero, con la ayuda de Dios, quizas podriais salvarme, induciendo a los españoles a que hiciesen un supremo esfuerzo para arrancarme del poder de estos bárbaros.

El buen religioso vaciló.

— Lo probaré, dijo despues de un rato de meditacion, i salió.

Volvió mui pocos momentos despues. En su rostro revelaba un desaliento profundo.

— ¿Os han negado el permiso? preguntó Maria al verlo.

—Nó, me lo han concedido.

—¿Cómo pareceis triste, entonces? repuso la jóven con júbilo:

—Porque veo que voi a acometer una empresa loca.

—Dios os ayudará, padre, i os dará fuerzas para salir de todos los peligros.

—No son los peligros que yo voi a correr los que me arredran, repuso el sacerdote, son aquéllos a que quedas espuesta tú. ¿Quién será el protector de tu inocencia i de tu virtud en medio de éstos bárbaros que nada respetan? ¿Quién te infundirá aliento i valor cuando te conduzcan al sacrificio?

—Dios, padre, Dios! interrumpió la jóven con voz firme. ¿Temeis que él me abandone?

—Nó, ciertamente.

—Entonces, marchad, padre; quien sabe si esta idea ha sido inspiracion suya para que nos salvemos ámbos.

—Iré, hija mia, iré.

I el buen anciano, derramando gruesas lágrimas, echó sus brazos al cuello de María.

Despues, ámbos se arrodillaron i dirigieron al cielo una plegaria ferviente que no pasaba por los labios porque partia directamente del corazon.

Paráronse despues, fortalecidos un tanto con aquella breve oracion.

—Adios, hija mia! dijo el anciano. Ten valor i confianza en Dios i recibe mi bendicion.

La jóven se arrodilló nuevamente.

El sacerdote dirigió entonces al cielo una

mirada sublime de fé i de esperanza, i bendijo a aquella pobre niña cuyo destino había sido tan triste en el mundo i que iba a terminar su vida en medio de un atroz sacrificio.

—Señor, dijo, dadle fuerzas, protejed su inocencia, no la abandoneis a su debilidad. Que sea vuestra bendicion la que reciba cuando le doi la mia!

El anciano sollozaba: María derramaba sus lágrimas en silencio.

—Adios, padre! dijo levantándose; Dios os guiará, adios!....

I se separaron despues de haberse abrazado nuevamente.

IX.

Dirijíose el padre hacia el mar i al llegar a su orilla encontró arrojada en la playa una balsa pequeña i por lo mismo incapaz de resistir las furias del mar. Mas, como la última esperanza es tan difícil de perder, el religioso se aferró á ella como el naufrago al pedazo de madera que puede mantenerlo a flote por mui cortos instantes.

Oró una vez mas i con ánimo resuelto echó la balsilla al agua, se colocó sobre ella i dándole impulso con unos palos de que se había provisto para remar, se dejó llevar por la corriente (1).

(1) Este hecho es histórico i en todas sus partes verdadero.

Remando, luchando porfiadamente con las olas, haciendo esfuerzos increíbles por dar dirección a aquellas maderas que apenas lo mantenían a flote, pudo llegar después de algunas horas a la isla de Santa María.

El viento le había sido favorable; sin embargo al tocar la tierra se sentía estenuado, desfallecido i sin tener nada con que reparar sus agotadas fuerzas.

Sin embargo, el primer paso estaba dado i era preciso continuar.

Echóse al mar nuevamente i llegó hasta la desembocadura del Bio-Bio. Un esfuerzo más i estaba en tierra.

Hizolo el misionero: pero en el acto mismo i como invocado por un jenio maléfico, levantóse un recio norte que lo impulsó nuevamente aguas adentro i lo arro-

gó a Chivilingo. Era una suerte que las olas no hubiesen arrebatado la balsa i llevándola mar adentro a sumerjirse en las profundidades del abismo.

Volvió nuevamente a la empresa con el mismo ánimo, i por innumerables veces durante siete días de esfuerzos sobrehumanos i de un trabajo que asombra, las olas i los vientos se complacían en prolongar la agonía del misionero llevándolo de la boca del Bio-Bio a Chivilingo, i de Chivilingo a la boca del Bio-Bio.

En el último viaje, cuando ya había perdido todas sus fuerzas, una ola lo sacó de la balsa. El pobre naufrago hizo un esfuerzo desesperado, i cuando ya llegó a creer que todo había concluido, sus pies entumecidos tocaron la tierra.

Esta vez había llegado a la playa, pero

desnudo, hambriento i casi sin fuerzas para dar un paso.

Allí mismo tendido en el suelo arrancó con increíble trabajo algunas yerbas que comió con apetito devorador.

Echóse en seguida a andar. Siete días duró su peregrinación por aquellas regiones, hasta que al fin llegó con los piés desollados, agonizante casi, a orillas del Biobio, frente a frente de Chepe que se divisaba en la otra orilla.

Dió entonces gritos de socorro, que parece que fueron oídos del otro lado.

«No pudieron pasar por mí aquella tarde, dice el mismo héroe de este interesante episodio en una carta que escribió a otro religioso, refiriéndole estos hechos; encuéntranme dos indios que se iban de nuestra tierra huidos a los enemigos i quisieron

Llevarme otra vez al cautiverio, pero a fuerza de ruegos i de súplicas me dejaron libre. I como estaba desnudo i tan desmayado me traspasó el frio i me pasmó de suerte que allí me quedé sin sentido i así me hallaron en la mañana i me llevaron al fuerte de Chepe, donde pasé dos días sin volver en mí.»

El misionero se había salvado. Entretanto ¿qué había sido de María?

Esta fué la pregunta que el padre Saa se hizo al volver en sí, quedando convencido de que ya la pobre joven habría sido immolada.

Los españoles, pues, nada intentaron por salvarla, ciertos casi de que iban a empeñarse en una empresa inútil.

X.

Volvamos al campo de los araucanos.

Llegada la noche i viendo que el misiōnero no volvia de su paseo a orillas del mar, fueron algunos indios en su busca. Estos volvieron pronto diciendo que por ninguna parte se le hallaba.

Enviáronse nuevos esploradores en todas direcciones, los que recorrieron los campos inútilmente porque el *patero* no pudo ser encontrado.

Convencidos los indios de que el español no habia podido fugarse, creyeron que se habia echado al mar para escapar así el suplicio que se le esperaba.

Pero, de todos modos, era éste un con-

tratiempo porque ya Pillan habia declarado que necesitaba el sacrificio de un *patero* i era preciso contentarlo para asegurarse su benevolencia.

Se aplazó, pues, el sacrificio, enviándose emisarios que fueran a traer otro misionero que se decia tenia en su poder un cacique de Valdivia.

Maria, entretanto, habia dado fervientes gracias a Dios por haber permitido que su companero pudiese salvarse.

Pero el socorro esperado no llegaba i el misionero no podia haber olvidado sus promesas. Tampoco parecia Quilalebo a quien se decia no habia permitido volver una enfermedad que lo habia tenido a las puertas de la muerte.

El hecho es que pasó un mes hasta que llegaron los emisarios que habian ido a

Valdivia, i que volvieron trayendo solo el cadáver de un pobre sacerdote anciano, cautivo hacia muchos años, i que no habia podido resistir a las fatigas del viaje.

El matchi declaró que Pillan quedaria satisfecho si se quemaba el cuerpo del *patero*.

Hiciéronse, pues, los preparativos del sacrificio. Eleváronse dos inmensos montones de leña donde debian ser quemadas las victimas que exijia el apetito del dios.

María, resignada hacia mucho tiempo con su suerte, supo sin notable emocion que al dia siguiente debia ser quemada viva. Pasó, si, toda la noche orando arrodillada al pie de una cruz de palos que ella misma habia formado.

Llegó el dia del sacrificio. Los indios estaban agrupados en inmensa multitud al

rededor de las hogueras. Algunas indias bailaban, otras tocaban sus tamboriles i el matchi hacia las ceremonias del caso.

Dos mocetones condujeron cada uno de un brazo a María al lugar de la inmolacion. Iba tan serena que parecia haber perdido la conciencia de lo que pasaba en torno suyo.

Antes de subir a la hoguera, Maulican se acercó a la jóven i le prometió salvarla si consentia en ser su esposa.

Maria no respondió. Quizas no habia oido las palabras del toqui.

Perfumada la victima con el humo de las pipas, se la colocó sobre el monton de leña, siendo imposible lograr que se mantuviese en pié.

Los tamboriles de las indias sonaron con mayor fuerza, los bailes recomenzaron con

un furor loco, el matchi dió sus tres vueltas al rededor de la hoguera.

Acercábase ya a prenderle fuego, cuando se precipitó entre el grupo de indios, con la velocidad de la avalancha desprendida de la cumbre de las cordilleras, un jinete que hizo rebotar su caballo al pie mismo de la hoguera.

Era aquel el cacique Quilalebo.

Ver a María, dar un grito feroz como el rujido de una pantera, lanzarse sobre el matchi, que ya había prendido fuego a la leña, estrangularlo en menos de un segundo, i caer de golpe al suelo como herido por un rayo, todo fué uno.

En el acto los indios se precipitaron huyendo en todas direcciones con discordantes alaridos. Huian de la cólera de Pilán que así castigaba con una muerte súbita al audaz que había puesto una mano

sacrilegá sobre el matchi.

I los indios huian porque pensaban que la còlera del dios iba a caer tambien sobre ellos por no haberlo defendido.

La hoguera seguia ardiendo i María hubiera sido consumida por las llamas, porque habia perdido el sentido, si un indio no la hubiera escalado precipitadamente i se hubiera lanzado de un salto al suelo llevando en sus brazos a la jóven desmayada.

Aquel indio era el cacique Maulican que echó a correr con su preciosa carga desapareciendo poco despues.

Quilalebo era, pues, el único que habia permanecido en el lugar del sacrificio.

Pasaron dos, cuatro, seis horas i el indio no volvia en sí. ¿Habia muerto?

Nó, porque al fin principió a moverse, incorporándose despues de un largo rato.

Su primera accion fué llevarse las dos manos a la frente.

—Se me salta! esclamó.... Pero ¿dónde estoy?

Hizó un poderoso esfuerzo para ponerse de pie i lo consiguió al fin.

—¿Dónde estoy?.... Cenizas!.... ah!

I el indio volvió a lanzar otro grito de desesperacion infinita.

—Muerta! muerta!.... quemada! esclamaba corriendo como loco por el campo con una velocidad inverosímil.

I así siguió por entre los zarzales desgarrándose los pies i el cuerpo todo con las espinas, en las cuales quedaban colgados los jirones de su vestido.

—Quemada!.... quemada! volvia a esclamar i seguia corriendo con nueva velocidad, sin direccion fija, dando saltos prodi-

jiosos cada vez que encontrabá una zanja o un peñasco que le interceptasen el paso.

¿Cuántas horas corrió así el desgraciado Quilalebo? No lo sabemos.

Por fin, el cansancio, el frío de la noche le hicieron recobrar un tanto el juicio, i entonces notó que le seguían.

—¿Quién me sigue? gritó deteniéndose repentinamente.

Oyóse un ruido entre las yerbas, luego un relincho prolongado, i se vió aparecer en fin un caballo negro como la noche que se detuvo al alcanzar a Quilalebo.

—Ah! eras tú, mi fiel amigo, esclamó el cacique acariciando al brioso animal que piafaba de contento; . . . bien! tu me llevarás al lugar donde deba morir!

I se precipitó de un salto sobre el cabá-

llo, i recomendó así una carrera loca, vertiginosa, fantástica a traves de los campos.

Llegó al Bio-bio i lo pasó a nado.

I despues siguió en su carrera hasta que el jeneroso bruto dió un relincho doloroso, vaciló i cayó.

Habia muerto.

—¿Conque es aquí donde debo morir? esclamó Quilalebo. Bien, sea!

I lanzó al cielo una mirada de reto insensato i de espantosa blasfemia.

En ese instante, sintió que llegaba a sus oídos un sonido claro, arjentino, vibrante.

Quilalebo se detuvo i miró hacia el lugar de donde partía el sonido.

Divisó una luz.

Parecióle que aquella luz i aquel so-

nido le llamaban con una voz parecida a la de una secreta esperanza.

—Vamos allá! se dijo, i empezó a andar.

Anduvo media hora.

Miéntras mas se acercaba al lugar de donde salia el sonido i donde brillaba la luz, el bulto informe que habia divisado primero iba tomando formas definidas.

Poco despues oyó que del interior de aquel edificio iluminado partia el eco de muchas voces, dulces, tranquilas, apacibles, que le llegaban hasta el alma.

Avanzó mas i entró en un templo.

Embriagado por el canto de los religiosos que entonaban sus maitines, deslumbrado por las luces que brillaban en el tabernáculo, calló de rodillas i luego tendido en el suelo desmayado.

XI.

El lugar adonde habia llegado Quilalebo era un convento que existia en aquel tiempo, distante de Concepcion una legua i media i habitado por religiosos franciscanos.

Los buenos frailes prodigaron al indio toda clase de ausilios, logrando, despues de infinitos esfuerzos, hacerlo volver en sí.

El primer rostro que el cacique vió a su lado fué el venerable, padre Saa que lo habia reconocido desde el primer momento.

Cuando el indio estuvo suficientemente restablecido, se refirieron mutuamente los sucesos que habian pasado sobre ellos, llo-

raron juntos la muerte de María i el cacique recibió el bautismo de manos del anciano sacerdote.

Quilalebo hizo mas aun. Como quería permanecer asilado en aquel convento durante el resto de sus días, vistió el hábito que llevaban los padres, únicamente por devoción.

Sin embargo, cada mes pedía permiso i permanecía ausente durante ocho días por lo menos del convento.

¿Qué hacia durante ese tiempo el ex-cacique? Nadie lo sabia, aunque si se había averiguado que no los pasaba en la ciudad.

Habian trascurrido dos años. Los indios estaban diezmados por una guerra interna que habia principiado desde la desaparicion de Quilalebo, porque los parien-

tes de éste acusaban a Maulican de haberlo asesinado, celoso de su prestijio.

Entretanto, en el campo aquél en que tuvo lugar el sacrificio que hemos referido hace poco, aparecia cada mes en el dia aniversario de la inmolacion, una sombra que se arrodillaba en el lugar mismo en que se elevó la hoguera que consumió el cuerpo del anciano misionero i que debió consumir tambien el de María.

Los indios creian que aquella sombra era el espectro del matchi que venia a la tierra a pedir venganza, i no pasaban jamas por aquel lugar porque lo creian maldito.

Al caer de una tarde del mes de octubre, justamente la del dia de la aparicion del fantasma, llegó cerca de aquel lugar un indio que se emboscó entre los árboles i permaneció allí inmóvil durante mas de dos horas.

Principiaba a alumbrar la luna cuando el indio oyó un ligero ruido que le hizo levantar la cabeza.

Miró, i a la luz de la luna vió que llegaba una especie de espectro que vestia hábito franciscano, que se detenia en un lugar dado, se arrodillaba i, lanzando un profundo suspiro, esclamaba:

—María! aquí me tienes otra vez; vengo a hacerte mi acostumbrada visita.

Probablemente era esto lo que esperaba el indio oculto entre los matorrales, porque se levantó murmurando estas palabras:

—Ya lo había adivinado!

Avanzó despues en silencio hasta que llegó a ponerse detras del fantasma que decia:

—Pobre María! cuando te volveré a ver!
Estendió entonces el indio una mano i la colocó sobre el hombro del fantasma.

Este dió un salto como movido por un poderoso resorte i, volviéndose hacia su misterioso interlocutor, esclamó con voz robusta:

—¿Quién eres tú, que así vienes a perturbar las oraciones que se hacen por los muertos?

—Mírame bien i me conocerás, dijo el otro con voz dulce.

—Maulican! esclamó el fantasma dando un nuevo salto hacia atrás.

—Sí, Maulican, que viene a ver a su amigo Quilalebo.

—Mi amigo, tú!....Ah! dí mas bien que vienes a gozarte en la agonía de tu victi-

ma Quemaste a María; dime ahora ¿qué quieres de mí?

—Oyeme Quilalebo, i óyeme en calma.

—Ah! temo que no voi a ser bastante dueño de mí mismo i que voi a estrangularme aquí lo mismo que estrangulé al otro.

—I bien ¿por qué no lo haces? esclamó Maulican avanzando un paso con los brazos cruzados.

—Te oigo, dijo Quilalebo, pero se breve.

Hubo un segundo de silencio.

—Seré tan breve, que en dos palabras voi a decirte cuanto necesito de ti. Tu debes saber que tus parientes, creyéndote asesinado por mí, me han movido una guerra desastrosa que está diezmando nuestras fuerzas en provecho de nuestro eterno enemigo. Lo que quiero de tí es que te presentes ante ellos para hacer cesar la

causa de estas funestas divisiones.

—Imposible! murmuró Quilalebo.

—Imposible! ¿Por qué?

—Por qué he dejado de vivir para el mundo.

—Pero no puedes, añadió Maulican, haber dejado de tener corazon para que veas indiferente la destrucción de tu patria i la ruina de tus hermanos.

Quilalebo vaciló.

—Te lo exijo en nombre de ellos, dijo Maulican con acerto enérgico; ¿te negarás aun?

—Nó, contestó Quilalebo; te sigo.

—Pues bien, sube a caballo i sigueme.

En breve; Quilalebo tuvo una entrevista con sus parientes, los que naturalmente de-

bieron convencerse de que no habia sido muerto pues aun vivia.

Arreglado este asunto, Quilalebo trató de volver a su convento, i Maulican quiso acompañarlo hasta la márgen del Bio-Bio. Habia ordenado que su comitiva le siguiese a alguna distancia.

Cuando llegaron a las márgenes del río, Maulican detuvo a su compañero i le dijo con voz temblorosa por la emoción:

—Acabas de hacer un sacrificio que prueba la jenerosidad de tu corazón i una acción noble que no puede quedar sin premio.... María no ha muerto.

—Que no ha muerto, dices! exclamó Quilalebo con angustia.... i quien la salvó de la hoguera?

—Yo que la amaba, yo que te aborrecía por que ella te amaba a tí, yo que me re-

conocií despues indigno del amor de una mujer como Maria, yo que te la devuelvo ahora pidiéndote perdon por todo el mal que te he causado.

Quilalebo se echó al cuello de Maulican, éste lo estrechó llorando entre sus brazos i se alejó rápidamente.

Cuando Quilalebo se volvió para ver por dónde había partido Maulican, solo se encontró con dos mocetones que conducían a María,

XII.

Hai escenas indescriptibles i una de ellas es la que pasó entre Maria i Quilalebo cuando se encontraron despues de haber llorado su eterna separacion.

Nosotros renunciamos gustosos a pintarla porque nos creemos incapaces de hacerlo.

Diremos solo, para concluir, que la unión de María con el ex-cacique fué bendecida por el padre Saa i que el capitán inválido no murió sin haber visto un nieto.

Los dos esposos edificaron una casita a una cuadra del convento i allí vivieron.

Maulican el valiente toqui en quien se mezclaban tantos feroces instintos con tantas nobles cualidades, recibió un dia un mensaje concebido en estos términos:

«Cuando Maulican se canse de su vida aventureña, cuando se sienta sin ambicion, hastiado del mundo, agobiado de pesares, venga a la casita que se eleva al pie del convento de franciscanos que existe a ori-

llas del Bio-Bio, i allí encontrará dos hermanos.»

Firmaban Quilalebo i María.

FIN.
